

Meirav Kampeas-Riess

El pequeño libro de los grandes valores



«La vida, la esperanza y la fe en nosotros mismos se abren paso en medio del horror del holocausto: este libro es un regalo que fortalece el espíritu y nos recuerda la importancia de la memoria, la historia y la educación.»

José Mota

EL PEQUEÑO LIBRO DE LOS GRANDES VALORES

Meirav Kampeas-Riess

Traducido por Rosa María García



© 2018 Meirav Kampeas-Riess

Traducido por Rosa María García

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, S. L. U.

Alienta es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16928-73-6

Depósito legal: B. 11.477-2018

Primera edición: junio de 2018

Preimpresión: pleka scp

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Nota para el lector	9
Falta de valores	10
¿Qué son los valores?	20
El armario de mi abuela	28
LA LLAVE. Una historia sobre el valor y los valores	35
1. <i>Shabat</i>	37
2. La cafetería de papá	44
3. Mi cumpleaños	49
4. Las vacaciones	55
5. La familia	64
6. El Año Nuevo	70
7. Aires de cambio	77
8. «Sucio judío»	91
9. Un oasis de alegría.	100
10. El sol negro	106
11. Budapest	116
12. La vuelta a casa	124
13. Llegan los alemanes	130
14. La evacuación	140
15. Auschwitz-Birkenau	147

16. El monstruo humano.	155
17. La liberación	161
18. Asher y Moshé	169
19. Chocolate	175
20. Erez Israel.	187
21. Nuestro destino	192
22. Meshúlam	196
23. La declaración de independencia	204
24. La semilla	209
La memoria y la educación tienen el poder	215
Agradecimientos	221

Falta de valores

Sucedió una tarde de un mes de junio. El calor acumulado durante todo el día en el asfalto de las calles de Madrid subía como vapor caliente, lo que prolongaba la sensación de un calor sofocante. Aquel día habíamos llegado casi a cuarenta grados.

Caminaba junto a mis hijos hacia el supermercado y la gente parecía huir a toda prisa del calor. Todos pasaban por nuestro lado caminando como si alguien les persiguiera, sin mirar adelante, con las cabezas metidas dentro de la pantalla de sus móviles. «Ya no se puede mirar a las personas a los ojos», pensé, aunque en realidad lo dije sin darme cuenta.

—Pero mamá, ¿qué dices?, ¿de qué estás hablando?
—me preguntó Yoel, el mayor, ya casi tan alto como yo a sus doce años.

—Nada, que la gente no para de mirar sus móviles y no se relaciona con los demás.

En aquel momento me crucé con un señor alto y corpulento que también iba mirando el móvil. Me golpeó el hombro y casi me tira al suelo. No se paró, ni siquiera se disculpó.

—Pero ¿habéis visto eso? —exclamé girándome.

—Sí, qué mal educado, ¿no? —respondió mi otro hijo, Uriel, un poco sorprendido de verme enfadada en medio de la calle.

—Déjalo, mamá —terció Yoel—. Sigamos, que nos van a cerrar la tienda.

—Sí, mejor dejarlo, tenemos que comprar algo para la cena.

Era final de curso y con la redacción de los informes sobre los alumnos apenas tenía tiempo para ir a comprar. Después de recoger a Yoel de sus clases extraescolares de dibujo, recordé que tenía la nevera casi vacía y que era imprescindible hacer una visita de urgencia al súper para alimentar a mis chicos.

Cuando llegamos a la entrada, sorteando numerosos transeúntes abstraídos en sus pantallas, chateando o hablando con el móvil pegado a la oreja, se dirigió a mí un hombre joven y muy delgado, vestido con ropas muy modestas y con un aspecto poco aseado, que estaba sentado junto a la puerta de entrada. Me miró con una mezcla de tristeza y vergüenza sobrecogedoras.

—Perdone, señora, ¿me podría comprar algo para comer? Lo que sea, por favor...

Noté como Yoel y Uriel me miraban de reojo con expectación.

—Pues... Claro —contesté—. ¿Qué necesitas?

—Cualquier cosa, no importa. Tengo hambre.

—Vale, espéranos aquí —me volví hacia mis hijos—. Vamos, chicos, coged un carro de la entrada. Le compraremos algo a este hombre.

Un instante después, ya dentro de la tienda, escuchamos a nuestra espalda un grito. Nos dimos la vuelta.

—¡Aparta de aquí! —gritaba una señora de mediana edad, muy maquillada y como recién salida de la peluquería—. ¡No te pongas en medio de la entrada, no ves que casi me caigo por tu culpa!

La mujer se estaba dirigiendo al joven indigente, que con un gesto de dolor se cogía una mano con la otra. Aunque no lo había visto, todo parecía indicar que le había pisado la mano y, en lugar de disculparse, le estaba echando la bronca por ponerse, según ella, en medio.

Mis hijos y yo nos quedamos sin palabras, sobre todo cuando vimos que la gente de nuestro alrededor no hizo nada. Ni siquiera miraron hacia la entrada. Siguieron comprando, cada uno a lo suyo, como si no hubiera pasado nada.

—Qué mala es esa señora —dijo Uriel, con la inocencia y la claridad de sus siete años—. Le compraremos muchas cosas a ese hombre, ¿verdad mamá?

—Sí, claro.

Dejé que llevaran el carro y empezamos a llenarlo con pan, leche, embutidos, quesos y fruta. Uriel añadió unas galletas de chocolate, sus preferidas. Le pusieron tanta pasión que en cinco minutos el carrito ya desbordaba. Pagamos y lo metimos todo en dos bolsas grandes.

—Mamá, ¿podemos llevárselo?

—Sí, claro, vamos juntos.

Al acercarnos, el chico todavía se acariciaba la mano con gesto de dolor.

—Aquí lo tienes, es todo para ti —dijo Yoel.

—Sí, y yo he escogido las galletas —añadió Uriel—. Son mis preferidas.

El joven mudó el gesto de dolor por uno de profundo agradecimiento.

—Muchas gracias, chicos, de verdad —dijo, tomando las bolsas—. Habéis comprado muchas cosas.

—De nada —contestó Yoel—. ¿Estás bien? ¿Te duele la mano?

—Sí, estoy bien, no te preocupes. Me habéis ayudado mucho.

—Cuídate, chico —le dije—. Espero que esta comida te ayude.

—Sí, señora, muchas gracias, de corazón.

Caminamos hasta el coche y cuando me senté al volante, acalorada y agotada después de un día de mucho trabajo, me di cuenta de que nos habíamos olvidado de comprar algo para la cena. Me lamenté en voz alta.

—No pasa nada, mamá —me calmó Uriel—. Podemos preparar pasta o algo así.

—Sí, es verdad —contesté mientras arrancaba el coche y luego lo ponía en marcha—. Alguna cosa habrá, ya nos apañaremos.

En aquel momento sonó el móvil. Automáticamente se conectó el manos libres del coche.

—¿Sí?

—Hola, Meirav —escuché por el altavoz—. Soy Sandra.

Era unas de mis mejores amigas. Noté en su voz que algo no iba bien. Indiqué a mis hijos con un dedo en los labios que guardaran silencio.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Es que... Acabo de tener un accidente con el coche. No es grave, pero voy con los niños y me he asustado.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—Sí, sí, estamos bien. Es que soy imbécil. Estaba conduciendo y de repente ha sonado el móvil. Y en vez de dejarlo, he empezado a buscar en mi bolso y ¡zas!, en un segundo estaba encima del coche de delante. He intentado frenar, pero le he embestido. ¡Qué susto! Ha sido sólo un segundo, Meirav, te lo juro.

Aunque intentaba disimularlo, la notaba muy alterada. Parecía que en cualquier momento iba a echarse a llorar. Pensé en sus hijos pequeños en el asiento trasero.

—Sí, tranquila. ¿Dónde estáis ahora?

—En la M-40, pero no sé bien a qué altura. Estoy un poco asustada. ¿Puedes venir, por favor? Te necesito...

—Sí, ahora mismo vamos. Mándame tu ubicación al móvil y enseguida estoy ahí.

Paré el coche en una gasolinera y esperé a recibir la ubicación. Luego vi que estábamos a veinte minutos. Del susto me había acalorado. Intenté subir el aire acondicionado, pero no funcionaba muy bien. Menudo día llevaba.

—Mamá, ¿te puedo preguntar algo? —dijo entonces Yoel.

—Sí, claro, cariño —respondí, procurando sacar fuerzas de flaqueza.

—¿Por qué los mayores nos decís todo el tiempo que tenemos que ayudar a los demás, que tenemos que tener empatía con los que nos rodean, que no tenemos que estar todo el tiempo pendientes de las pantallas y todo eso, y luego al final hacéis justo lo contrario? Se supone que nos estáis educando, ¿no? La verdad es que no os entiendo.

Las palabras de Yoel me dejaron con la boca abierta. Sentí como si me hubiera lanzado una flecha y el centro de la diana fuera justamente mi corazón. Acertó de lleno. La verdad a veces duele.

No contesté y volví a arrancar el coche para ir a auxiliar a Sandra.

Aquella noche, cuando llegamos a casa después de ayudar a mi amiga, estaba agotada. Cenamos restos del día anterior y una pizza congelada, nos duchamos y nos fuimos a dormir casi sin hablar. Después de darle un beso de buenas noches a cada uno, me asaltó una pregunta: «¿Realmente los estoy educando bien?». Pero ya no pude responderme. Agotada, me tiré en la cama y cerré los ojos. Sentí que la cabeza iba a explotarme de tantos líos.

Entre la inquietud por lo que había sucedido en el supermercado y el calor, me costó mucho dormirme. Sin

darme cuenta, me encontré rememorando pasajes de mi infancia y de mi primera juventud en Israel, antes de emigrar a España, supongo que porque se acercaba la fecha de viajar allí con Yoel y Uriel para visitar a mi familia, como hacía casi todos los veranos.

Me vino a la cabeza, no sé por qué, un episodio en concreto. Sucedió cuando tenía veinte años y cumplía con el servicio militar, que en Israel es obligatorio tanto para los hombres como para las mujeres. Caminaba vestida de militar con un largo M16 a la espalda, rodeada de mis compañeras, todas en manada y cantando. Éramos un grupo de unas cincuenta y nuestra misión consistía en caminar veinte kilómetros en el menor tiempo posible. Por delante nuestro iba un grupo más rápido, y por detrás otro al que le estaba costando más mantener el ritmo.

El sol pegaba fuerte y el calzado no era precisamente cómodo, así que cuando llevábamos poco más de la mitad, ya tenía los pies hinchados y doloridos. No era la única. De hecho, mi amiga Maya, que caminaba a mi lado, mostraba signos evidentes de agotamiento. Le costaba cada vez más seguir el ritmo, hasta que llegó un momento en que no pudo más y se paró en medio del camino. Se sentó y dijo: «Seguid vosotras».

El resto de chicas empezaron a increparla y a gritarle que por su culpa no podríamos cumplir con el objetivo que nos habían marcado, pues las instrucciones eran que teníamos que llegar todas juntas. Los gritos consiguieron que al final no sólo no se levantara, sino

que se pusiera a llorar. Me senté a su lado e intenté animarla. Se acercó uno de los jefes que nos acompañaban y se sentó también a su lado, pero sus palabras de ánimo no consiguieron convencerla para que siguiera adelante. El resto de las chicas, impacientes, optaron por seguir caminando sin Maya y sin mí.

Al cabo de unos minutos se acercó un *jeep* que frenó delante de nosotras, formando una gran nube de polvo. Del interior de la nube blanca salió el comandante que encabezaba la misión. Era un hombre alto, de hombros anchos. Unas gafas de sol negras le tapaban los ojos, y bajo ellas lucía una preciosa, confiada y abrasadora sonrisa.

—¿Qué pasa aquí, chicas? —preguntó en tono suave.

—No puedo más, me duele todo el cuerpo —contestó gimiendo Maya.

—¿Y por eso lloras?

—No, lloro porque por mi culpa toda la brigada perderá su objetivo.

La abracé sin decir nada, tratando de transmitirle calma.

—Vale —dijo el comandante, sentándose a nuestro lado—, vamos a hacer lo siguiente: voy a esperar aquí contigo hasta que descanses un poco y luego vamos a seguir hasta el final juntos.

Y se quedó allí, sentado, sin decir nada más, mientras de reojo yo lo miraba y me admiraba de cómo estaba manejando la situación.

Después de un largo rato en completo silencio, Maya se levantó sola, enjugó el resto de sus lágrimas con la manga del uniforme y dijo:

—Estoy preparada para seguir.

El comandante y yo nos levantamos al mismo tiempo, le dimos un abrazo y empezamos a caminar. Había pasado bastante rato y calculé que el resto del grupo ya habría llegado. Sin embargo, al volver un recodo del camino, me llevé una sorpresa: en un pequeño claro estaban todas esperándonos. Aunque algunas tenían cara de enfado, la mayoría sonrieron al vernos y animaron a Maya, a la que elogiaron por seguir a pesar de todo. Finalmente, nuestra brigada fue la última en alcanzar el objetivo, pero llegamos todas juntas.

Aquel recuerdo me tranquilizó. Sentí como si en algún lugar, aunque sólo fuese en mi cabeza, las cosas volvieran a funcionar según los principios básicos de la convivencia. Por fin me relajé y pude dormirme.